

salud estoy neutral, porque están encontrados mis pul-
sos con mi cerebro. Otro día, habiendo visto en muchas
alcándaras muchos neblíes y otros pájaros de volateria,
dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y de
grandes señores; pero que advirtiesen, que con ella
echaba el gusto censo sobre el provecho á mas de dos
mil por uno. La caza de liebres dijo que era muy gusto-
sa, y mas cuando se cazaba con galgos prestados. El ca-
ballero gustó de su locura, y dejóle salir por la ciudad
debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese
cuenta que los muchachos no le hiciesen mal, de los
cuales y de toda la corte fué conocido en seis días, y á
cada paso, en cada calle y en cualquiera esquina, res-
pondia á todas las preguntas que le hacían, entre las cua-
les le preguntó un estudiante si era poeta, porque le
parecia que tenia ingenio para todo. A lo cual respondió:
Hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso. No en-
tiendo eso de necio y venturoso, dijo el estudiante; y
respondió Vidriera: No he sido tan necio que diese en
poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo
bueno. Preguntó otro estudiante que en qué estimacion
tenia á los poetas. Respondió que á la ciencia en
mucha, pero que á los poetas en ninguna. Replicáronle
que por qué decía aquello. Respondió que del infinito
número de poetas que habia, eran tan pocos los buenos,
que casi no hacían número; y así como si no hubiese
poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reveren-
ciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí to-
das las ciencias; porque de todas se sirve, de todas se
adorna y pule, y saca á luz sus maravillosas obras, con
que llena el mundo de provecho, de deleite y de mara-
villa. Añadió mas: Yo bien sé en lo que se debe estimar
un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos
de Ovidio, que dicen:

*Cura ducum fuerunt olim Regumque poetæ:
Præmiæque antiqui magna tulere chori.
Sanctæque majestatis, et erat venerabile nomen
Vatibus: et largæ sæpe dabantur opes.*

Y ménos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues
los llama Platon intérpretes de los dioses, y de ellos dice
Ovidio:

Est Deus in nobis, agitante calescimur illo.

Y tambien dice:

At sacri vates, et Divum cura vocamur.

Esto se dice de los buenos poetas; que de los malos,
de los churrulleros, ¿qué se ha de decir sino que son la
idiotéz y la ignorancia del mundo? y añadió mas: ¿Qué
es ver á un poeta destos de la primera impresion, cuando
quiere decir un soneto á otros que le rodean, las salvas
que les hace, diciendo: vuestas mercedes escuchen un
sonetillo que anoche á cierta ocasion hice, que á mi pa-
recer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bo-
nito? Y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas,
se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mu-
grientos y medio rotos, donde queda otro millar de so-
netos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono
melifluo y alfeñicado: si acaso los que le escuchan, de
socarrones ó de ignorantes no se le alaban, dice: ó vue-
sas mercedes no han entendido el soneto, ó yo no le he
sabido decir, y así será bien recitarle otra vez, y que
vuestas mercedes le presten mas atencion, porque en

verdad en verdad que el soneto lo merece; y vuelve como
primero á recitarle con nuevos ademanes y nuevas pau-
sas. Pues ¿qué es verlos censurar los unos á los otros?
¿qué diré del ladrar que hacen los cachorros y moder-
nos á los mastinazos antiguos y graves? y ¿qué de los
que murmuran de algunos ilustres y excelentes sugetos,
donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que
tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas
y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus in-
genios y la alteza de sus conceptos, á despecho y pesar
y aborrece lo que no entiende? ¿y del que quiere que se
estime y tenga en precio la necedad que se sienta debajo
de doseles, y la ignorancia que se arrima á los sitios?
Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los
poetas por la mayor parte eran pobres. Respondió que
porque ellos querian, pues estaba en su mano ser ricos,
si se sabian aprovechar de la ocasion que por momentos
traian entre las manos, que eran las de sus damas, que
todas eran riquísimas en extremo, pues tenian los cabe-
llos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de ver-
des esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de co-
ral, y la garganta de cristal transparente, y que lo que
lloraban eran líquidas perlas, y mas que lo que sus plan-
tas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al mo-
mento producía jazmines y rosas, que su aliento era de
puro ámbar, almizcle y algalia; y que todas estas cosas
eran señales y muestras de su mucha riqueza. Estas y
otras cosas decía de los malos poetas; que de los buenos
siempre dijo bien, y los levantó sobre el cuerno de la
luna. Vió un día en la acera de San Francisco unas figu-
ras pintadas de mala mano, y dijo que los buenos pinto-
res imitaban la naturaleza, pero que los malos la vomitaban.
Arrimóse un día, con grandísimo tieno porque
no se quebrase, á la tienda de un librero, y dijole: Este
oficio me contentara mucho, si no fuera por una falta
que tiene. Preguntóle el librero se la dijese. Respondióle:
Los melindres que hacen, cuando compran el privile-
gio de un libro, y la burla que hacen á su autor si acaso
le imprime á su costa, pues en lugar de mil y quinien-
tos imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa
que se venden los suyos, se despachan los ajenos. Aca-
ció este mismo día que pasaron por la plaza seis azota-
dos, y diciendo el pregón: Al primero por ladrón; dió
grandes voces á los que estaban delante dél, diciéndo-
les: Apartaos, hermanos, no comience aquella cuenta
por alguno de vosotros: y cuando el pregonero llegó á
decir: al trasero, dijo: Aquel por ventura debe de ser
el fiador de los muchachos. Un muchacho le dijo: Her-
mano Vidriera, mañana sacan á azotar á una alcahueta.
Respondióle: Si dijeras que sacaban á azotar á un alca-
huete, entendiera que sacaban á azotar un coche. Ha-
llóse allí uno destos que llevan sillan de manos, y dijole:
De nosotros, Licenciado, ¿no teneis que decir? No, res-
pondió Vidriera, sino que sabe cada uno de vosotros mas
pecados que un confesor; mas es con esta diferencia,
que el confesor los sabe para tenerlos secretos, y vos-
otros para publicarlos por las tabernas. Oyó esto un mozo
de mulas, porque de todo género de gente le estaba es-
cuchando continuo, y dijole: De nosotros, señor Redo-
ma, poco ó nada hay que decir, porque somos gente de
bien y necesaria en la república. A lo cual respondió
Vidriera: La honra del amo descubre la del criado; se-

gun esto: mira á quién sirves, y verás cuán honrado
eres: mozos sois vosotros de la mas ruin canalla que sus-
tenta la tierra: una vez, cuando no era de vidrio, cam-
miné una jornada en una mula de alquiler, tal que le
conté ciento y veinte y una tachas, todas capitales y ene-
migas del género humano: todos los mozos de mulas
tienen su punta de rufianes, su punta de cacos, y su es-
no es de truhanes: si sus amos (que así llaman ellos á
los que llevan en sus mulas) son boquimuelles, hacen
mas suertes en ellos que las que echaron en esta ciudad
los años pasados: sin son extranjeros, los roban; si es-
tudiantes, los maldicen; si religiosos, los reniegan; y
si soldados, los tiemblan: estos, y los marineros, y car-
reteros, y arrieros, tienen un modo de vivir extraordi-
nario, y solo para ellos: el carretero pasa lo mas de la
vida en espacio de vara y media de lugar, que poco mas
debe de haber del yugo de las mulas á la boca del carro;
canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega; y en
decir, háganse á zaga, se les pasa otra muy gran parte;
y si acaso les queda por sacar alguna rueda de algun ato-
lladero, mas se ayudan de dos pésetes que de tres mu-
las. Los marineros son gente gentil é inurbana, que no
sabe otro lenguaje que el que se usa en los navios: en la
bonanza son diligentes, y en la borrasca perezosos; en la
tormenta mandan muchos y obedecen pocos; su Dios es
su arca y su rancho, y su pasatiempo ver mareados á los
pasajeros. Los arrieros son gente que ha hecho divorcio
con las sábanas y se ha casado con las enjalmas; son tan
diligentes y presurosos, que á trueco de no perder la
jornada, perderán el alma; su música es la del mortero;
su salsa la hambre; sus maitines levantarse á dar sus
piensos, y sus misas no oír ninguna. Cuando esto decía
estaba á la puerta de un boticario, y volviéndose al due-
ño, le dijo: Vuesa merced tiene un saludable oficio, si
no fuese tan enemigo de sus candiles. ¿En qué modo soy
enemigo de mis candiles? preguntó el boticario: y res-
pondió Vidriera: Esto digo, porque en faltando cualquier
raaceite, lo suple el del candil que está mas á mano; y
aun tiene otra cosa este oficio, bastante á quitar el cré-
dito al mas acertado médico del mundo. Preguntándole
por qué, respondió que habia boticario que por no atre-
verse ni osar decir que faltaba en su botica lo que rece-
taba el médico, por las cosas que le faltaban ponía otras,
que á su parecer tenían la misma virtud y calidad, no
siendo así; y con esto la medicina mal compuesta obraba
al reves de lo que habia de obrar la bien ordenada. Pre-
guntóle entónces que qué sentía de los médicos, y res-
pondió esto: *Honora medicum propter necessitatem, ete-
nim creavit eum Altissimus: à Deo enim est omnis me-
dela, et à Rege accipiet donationem: disciplina medici
exaltavit caput illius, et in conspectu magnatum col-
laudavitur: Altissimus de terra creavit medicinam, et
vir prudens non abhorrevit illam.* Esto dice, dijo,
el Eclesiástico, de la medicina y de los buenos médicos, y
de los malos se podria decir todo al reves, porque no
hay gente mas dañosa á la república que ellos. El juez
nos puede torcer ó dilatar la justicia; el letrado susten-
tar por su interes nuestra injusta demanda; el mercader
chuparnos la hacienda; finalmente, todas las personas
con quien de necesidad tratamos, nos pueden hacer al-
gun daño; pero quitarnos la vida sin quedar sujetos al
temor del castigo, ninguno: solo los médicos nos pue-
den matar y nos matan sin temor y á pié quedo, sin des-

envainar otra espada que la de un récipe; y no hay des-
cubrirse sus delitos, porque al momento los meten de-
bajo de la tierra: acuérdate que cuando yo era hombre
de carne, y no de vidrio como agora soy, que á un mé-
dico destos de segunda clase le despidió un enfermo por
curarse con otro, y el primero de allí á cuatro dias acertó
á pasar por la botica donde recetaba el segundo, y pre-
guntó al boticario que cómo le iba al enfermo que él
había dejado, y que si le habia recetado alguna purga
el otro médico. El boticario le respondió que allí tenia
una receta de purga que el día siguiente habia de tomar
el enfermo; dijo que se la mostrase, y vió que al fin della
estaba escrito: *sumat diluculo*, y dijo: Todo lo que lleva
esta purga me contenta, sino es este *diluculo*, porque
es húmido demasadamente. Por estas y otras cosas que
decía de todos los oficios se andaban tras él sin hacerle
mal y sin dejarle sosegar; pero con todo esto no se pu-
diera defender de los muchachos, si su guardian no le
defendiera. Preguntóle uno qué haria para no tener
envidia á nadie. Respondióle: Duerme; que todo el
tiempo que durmieres, serás igual al que envidias. Otro
le preguntó qué remedio tendria para salir con una co-
mision que habia dos años que la pretendia. Y dijole:
Parte á caballo y á la mira de quien la lleva, y acompá-
ñale hasta salir de la ciudad, y así saldrás con ella. Pasó
acaso una vez por delante donde él estaba un juez de co-
mision, que iba de camino á una causa criminal, y lle-
vaba mucha gente consigo y dos alguaciles; preguntó
quién era, y como se lo dijeron, dijo: Yo apostaré que
lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletes en la tinta
y rayos en las manos, para destruir todo lo que alcan-
zare su comision. Yo me acuerdo haber tenido un amigo
que en una comision criminal que tuvo dió una senten-
cia tan exorbitante, que excedia en muchos quilates á
la culpa de los delincuentes: preguntéle que por qué
había dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan ma-
nifiesta injusticia. Respondióme que pensaba otorgar la
apelacion, y que con esto dejaba campo abierto á los se-
ñores del consejo para mostrar su misericordia, mode-
rando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su
punto y debida proporcion. Yo le respondí que mejor
fuera haberla dado de manera que les quitara de aquel
trabajo, pues con esto le tuvieran á él por juez recto y
acertado. En la rueda de la mucha gente, que como se
ha dicho siempre le estaba oyendo, estaba un conocido
suyo en hábito de letrado, al cual otro le llamó señor li-
cenciado, y sabiendo Vidriera que el tal á quien llamaron
licenciado no tenia ni aun título de bachiller, le dijo:
Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título
los frailes de la redencion de cautivos, que os le llevarán
por mostrenco. A lo cual dijo el amigo: Tratémonos bien,
señor Vidriera, pues ya sabeis vos que soy hombre de al-
tas y de profundas letras. Respondióle Vidriera: Ya yo sé
que sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas,
y no las alcanzais de profundas. Estando una vez arri-
mado á la tienda de un sastre, vióle que estaba mano
sobre mano, y dijole: Sin duda, señor maese, que estáis
en camino de salvacion. ¿En qué lo veis? preguntó el
sastre. ¿En qué lo veo? respondió Vidriera: véolo en
que pues no teneis qué hacer, no tendréis ocasion de
mentir; y añadió: desdichado del sastre que no miente,
y cose las fiestas: cosa maravillosa es, que casi en todos
los deste oficio apenas se hallará uno que haga un ves-

tido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores. De los zapateros decia que jamas hacian conforme á su parecer zapato malo; porque si al que se le calzaba venia estrecho y apretado, le decian que así habia de ser por ser de galanes calzar justo, y que en trayéndolos dos horas, vendrian mas anchos que alpargates; y si le venian anchos, decian que así habian de venir por amor de la gota. Un muchacho agudo, que escribia en un oficio de provincia, le apretaba mucho con preguntas y demandas, y le traia nuevas de lo que en la ciudad pasaba, porque sobre todo discantaba, y á todo respondia. Este le dijo una vez: Vidriera, esta noche se murió en la cárcel un banco que estaba condenado á ahorcar. A lo cual respondió: El hizo bien á darse prisa á morir ántes que el verdugo se sentara sobre él. En la acera de San Francisco estaba un carro de genoveses, y pasando por allí, uno dellos le llamó, diciéndole: Lléguese acá el señor Vidriera, y cuéntenos un cuento. El respondió: No quiero, porque no me le paseis á Génova (1). Topó una vez á una tendera que llevaba delante de sí una hija suya muy fea, pero muy llena de dijes, de galas y de perlas, y díjole á la madre: Muy bien habeis hecho en empedralla, porque se pueda pasear. De los pasteleros dijo que habia muchos años que jugaban á la dobladilla, sin que les llevasen la pena porque habian hecho el pastel de á dos (*maravedises*) de á cuatro, el de á cuatro de á ocho, y el de á ocho de á medio real, por solo su albedrío y beneplácito. De los titereros decia mil males: decia que era gente vagamunda y que trataba con indecencia de las cosas divinas, porque con las figuras que mostraban en sus retratos, volvian la devocion en risa, y que les acontecia envasar en un costal todas ó las mas figuras del Testamento viejo y nuevo, y sentarse sobre él á comer y beber en los bodegones y tabernas: en resolucio, decia que se maravillaba de cómo quien podia no les ponía perpetuo silencio en sus retablos, ó los desterraba del reino. Acertó á pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe; y en viéndole dijo: Yo me acuerdo haber visto á este salir al teatro enharinado el rostro y vestido un zamarro del reves, y con todo esto á cada paso fuera del tablado jura á fe de hijodalgo. Déhele de ser, respondió uno, porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos y hijodalgo. Así será verdad, replicó Vidriera; pero lo que ménos ha menester la farsa es personas bien nacidas; galanes sí, gentiles hombres y de expeditas lenguas; tambien sé decir dellos que en el sudor de su cara ganan su pan con inllevable trabajo, tomando continuo de memoria, hechos perpetuos jitanos de lugar en lugar, y de meson en venta, desvelándose en contentar á otros, porque en el gusto ajeno consiste su bien propio: tienen mas, que con su oficio no engañan á nadie, pues por momentos sacan su mercadería á pública plaza, al juicio y á la vista de todos: el trabajo de los autores es increíble, y su cuidado extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados, que les sea forzoso hacer pleito de acreedores; y con todo esto son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean: decia que habia sido opinion de un amigo suyo, que el que servia á una comediante, en sólo una servia á muchas damas juntas,

(1) Llévábanse á Génova muchos cuentos ó millones de reales.

como era á una reina, á una ninfa, á una diosa, á una fregona, á una pastora, y muchas veces caia la suerte en que sirviese en ella á un paje y á un lacayo, que todas estas y mas figuras suele hacer una farsanta. Preguntóle uno que cuál habia sido el mas dichoso del mundo. Respondió que *nemo*; porque *nemo novit patrem: nemo sine crimine vivit: nemo sua sorte contentus: nemo ascendit in calum.* De los diestros dijo una vez que eran maestros de una ciencia ó arte, que cuando la habian menester no la sabian, y que tocaban algo en presuntuosos, pues querian reducir á demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos coléricos de sus contrarios. Con los que se tenían las barbas tenia particular enemistad; y riñendo una vez delante dél dos hombres, que el uno era portuges, este dijo al castellano, asiéndose de las barbas, que tenia muy teñidas: Por istas barbas que teño no vóstro: á lo cual acudió Vidriera, y dijo: Olhay, homen, naon digais teño, sino tiño. Otro traia las barbas jaspeadas y de muchas colores, culpa de la mala tinta, á quien dijo Vidriera, que tenia las barbas de muladar overo. A otro que traia las barbas por mitad blancas y negras por haberse descuidado, y los cañones crecidos, le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estaba aparejado á que le dijese que mentia por la mitad de la barba. Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida, por acudir á la voluntad de sus padres, dió el sí de casarse con un viejo todo cano, el cual la noche ántes del día del desposorio se fué, no al rio Jordan como dicen las viejas, sino á la redomilla del agua fuerte y plata, con que renovó de manera su barba, que la acostó de nieve y la levantó de pez. Llegóse la hora de darse las manos, y la doncella conoció por la pinta y por la tinta la figura, y dijo á sus padres que le diesen el mismo esposo que ellos le habian mostrado, que no queria otro. Ellos le dijeron que aquel que tenia delante era el mismo que le habian mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era, y trujo testigos como el que sus padres le dieron era un hombre grave y lleno de canas, y que pues el presente no las tenia, no era él, y se llamaba á engaño: atúvose á esto, corrióse el teñido, y deshízose el casamiento. Con las dueñas tenia la misma ojeriza que con los escabechados: decia maravillas de su permafay, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrúpulos y de su extraordinaria miseria: amoninábanle sus flaquezas de estómago, sus vaguidos de cabeza, su modo de hablar con mas repulgos que sus tocas, y finalmente su inutilidad y sus vainillas. Uno le dijo: ¿Qué es esto, señor Licenciado, que os he oido decir mal de muchos oficios, y jamás lo habeis dicho de los escribanos, habiendo tanto que decir? A lo cual respondió: Aunque de vidrio, no soy tan frágil que me deje ir con la corriente del vulgo, las mas veces engañado. Parécese á mí que la gramática de los murmuradores, y el la, la, la, de los que cantan, son los escribanos; porque así como no se puede pasar á otras ciencias, si no es por la puerta de la gramática, y como el músico, primero murmura que canta, así los maldicientes por donde comienzan á mostrar la malignidad de sus lenguas, es por decir mal de los escribanos y alguaciles, y de los otros ministros de la justicia, siendo un oficio el del escribano, sin el cual andaria la verdad por el mundo á sombra de tejados, corrida y maltratada; y así dice el Eclesiás-

tico: *In manum Dei potestas hominis est, et super faciem scribæ imponet honorem.* Es el escribano persona pública, y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres, y no esclavos, ni hijos de esclavos; legítimos, no bastardos, ni de ninguna mala raza nacidos: juran secreto, fidelidad, y que no harán escritura usuraria: que ni amistad ni enemistad, provecho ó daño les moverá á no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, ¿por qué se ha de pensar que de mas de veinte mil escribanos que hay en España, se lleve el diablo la cosecha, como si fuesen cepas de su majuelo? No lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea; porque finalmente digo que es la gente mas necesaria que habia en las repúblicas bien ordenadas; y que si llevaban demasiados derechos, tambien hacian demasiados tuertos, y que destos dos extremos podia resultar un medio que les hiciese mirar por él.... De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio ó prenderte, ó sacarte la hacienda de casa, ó tenerle en la suya en guarda, y comer á tu costa. Tachaba la negligencia é ignorancia de los procuradores y solicitadores, comparándolos á los médicos, los cuales, que sane ó no sane el enfermo, ellos llevan su propina: y los procuradores y solicitadores lo mismo, salgan ó no salgan con el pleito que ayudan. Preguntóle uno cuál era la mejor tierra: Respondió que la temprana y agradecida. Replicó el otro: No pregunto eso, sino que ¿cuál es mejor lugar, Valladolid ó Madrid? Y respondió: De Madrid los extremos, de Valladolid los medios. No lo entiendo, repitió el que se lo preguntaba; y dijo: De Madrid cielo y suelo; de Valladolid los entresuelos. Oyó Vidriera que dijo un hombre á otro, que así como habia entrado en Valladolid habia caido su mujer muy enferma, porque la habia probado la tierra. A lo cual dijo Vidriera: Mejor fuera que se la hubiera comido, si acaso es celosa. De los músicos y de los correos de á pié, decia que tenian las esperanzas y las suertes limitadas; porque los unos la acaban con llegar á serlo de á caballo, y los otros con alcanzar á ser músicos del rey. De las damas que llaman cortesanas, decia que todas ó las mas tenian mas de cortes que de sanas. Estando un día en una iglesia vió que traian á enterrar á un viejo, á bautizar á un niño, y á velar á una mujer, todo á un mismo tiempo, y dijo, que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen, y las mujeres triunfan. Picábale una vez una avispa en el cuello, y no se la osaba sacudir por no quebrarse; pero con todo eso se quejaba. Preguntóle uno que cómo sentia aquella avispa si era su cuerpo de vidrio. Y respondió que aquella avispa debía de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes á desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio. Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes: De ético no se puede mover el padre. Enojóse Vidriera, y dijo: Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *Nolite tangere christos meos*; y subiéndose mas en cólera, dijo: que mirasen en ello, y verian que de muchos santos, que de pocos años á esta parte habia canonizado la Iglesia y puesto en el número de los bienaventurados, ninguno se llamaba el capitán don fulano, ni el secretario don tal de tal, ni el conde, mar-

ques ó duque de tal parte; sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo, todos frailes y religiosos; porque las religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios. Decia que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del águila, que roen y menoscaban todas las de las otras aves que á ellas se juntan. De los gariteros y tahures decia milagros: decia que los gariteros eran públicos preventicadores, porque en sacando el barato del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese, y pasase el naípe adelante, porque el contrario las hiciese, y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahir, que estaba toda una noche jugando y perdiendo; y con ser de condicion colérico y endemoniado, á trueco de que su contrario no se alzase, no descosía la boca, y sufría lo que un mártir de Barrabas. Alababa tambien las conciencias de algunos honrados gariteros, que ni por imaginacion consentian que en su casa se jugase otros juegos, que polla y ciéntos; y con esto á fuego lento, sin temor y nota de malsines sacaban al cabo del mes mas barato que los que consentian los juegos de estocada, del reparólo, siete y llevar, y pinta en la del punto. En resolucio, él decia tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban ó á él se arribaban, por el hábito que traia, por la estrechez de su comida, por el modo con que bebia, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano, y el invierno en los pajares, como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los mas cuerdos del mundo. Dos años ó poco mas duró en esta enfermedad, porque un religioso de la orden de San Jerónimo, que tenia gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó á su cargo de curar á Vidriera; movido de caridad, y le curó y sanó, y volvió á su primer juicio, entendimiento y discurso; y así como le vió sano, le vistió como á letrado, y le hizo volver á la corte, adonde con dar tantas muestras de cuerdo, como las habia dado de loco, podia usar su oficio, y hacerse famoso por él. Hizolo así, y llamándose el licenciado Rueda, no Rodaja, volvió á la corte, donde apenas hubo entrado, cuando fué conocido de los muchachos; mas cuando le vieron en tan diferente hábito del que solia, no le osaron dar grita ni hacer preguntas; pero seguíanle, y decian unos á otros: ¿Este no es el loco Vidriera? á fe que es él: ya viene cuerdo, pero tambien puede ser loco bien vestido como mal vestido: preguntémosle algo, y salgamos desta confusion. Todo esto oia el Licenciado, y callaba, y iba mas confuso y mas corrido que cuando estaba sin juicio. Pasó el conocimiento de los muchachos á los hombres, y ántes que el Licenciado llegase al patio de los Consejos, llevaba tras de sí mas de doscientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era mas que el de un catedrático, llegó al patio donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban. El viéndose con tanta turba á la redonda, alzó la voz, y dijo: Señores, yo soy el licenciado Vidriera, pero no el que solia: soy ahora el licenciado Rueda: sucesos y desgracias que acontecen en el mundo por permission del cielo me quitaron el juicio, y las misericordias de Dios me le han vuelto: por las cosas que dicen que dije cuando loco, podeis considerar las que diré cuando cuerdo: yo soy graduado en leyes por Salaman-

ca, adonde estudié con pobreza, y adonde llevé segundo en licencias, de do se puede inferir que mas la virtud que el favor me dió el grado que tengo: aquí he venido á este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida, pero si no me dejais, habré venido á bogar y granjear la muerte: por amor de Dios, que no hagais que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo: lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa, y veréis que el que os respondia bien de improvisado, os responderá mejor de pensado. Escucháronle todos, y dejáronle algunos. Volvióse á su posada con poco ménos acompañamiento que habia llevado. Salió otro día, y fué lo mismo: hizo otro sermón, y no sirvió de

nada. Perdía mucho, y no ganaba cosa, y viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse á Flándes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podia valer de las de su ingenio; y poniéndolo en efecto, dijo al salir de la corte: ¡Oh corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y aeortas las de los virtuosos encogidos; sustentas abundantemente á los truhanes desvergonzados, y matas de hambre á los discretos vergonzosos! Esto dijo, y se fué á Flándes, donde la vida que habia comenzado á eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas en compañía de su buen amigo el capitán Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado.

LA FUERZA DE LA SANGRE.

UNA noche de las calurosas del verano volvían de recrearse del río, en Toledo, un anciano hidalgo, con su mujer, un niño pequeño, una hija de edad de diez y seis años, y una criada. La noche era clara, la hora las once, el camino solo, y el paso tardo, por no pagar con cansancio la pension que traen consigo las holguras que en el río ó en la vega se toman en Toledo. Con la seguridad que promete la mucha justicia y bien inclinada gente de aquella ciudad, venía el buen hidalgo con su honrada familia léjos de pensar en desastre que sucederles pudiese; pero como las mas de las desdichas que vienen no se piensan, contra todo su pensamiento les sucedió una que les turbó la holgura, y les dió que llorar muchos años. Hasta veinte y dos tendria un caballero de aquella ciudad, á quien la riqueza, la sangre ilustre, la inclinacion torcida, la libertad demasiada, y las compañías libres le hacian hacer cosas y tener atrevimientos que desdecían de su calidad, y le daban renombre de atrevido. Este caballero pues (que por ahora por buenos respetos encubriendo su nombre le llamaremos con el de Rodolfo), con otros cuatro amigos suyos, todos mozos, todos alegres y todos insolentes, bajaba por la misma cuesta que el hidalgo subia. Encontráronse los dos escuadrones, el de las ovejas con el de los lobos; y con deshonesta desenvoltura Rodolfo y sus camaradas, cubiertos los rostros, miraron los de la madre, y de la hija, y de la criada. Alborotóse el viejo, y reprochóles y afeóles su atrevimiento: ellos le respondieron con muecas y burla, y sin desmandarse á mas pasaron adelante. Pero la mucha hermosura del rostro que habia visto Rodolfo, que era de Leocadia, que así quieren que se llamase la hija del hidalgo, comenzó de tal manera á imprimírsele en la memoria, que le llevó tras sí la voluntad, y despertó en él un deseo de gozarla á pesar de todos los inconvenientes que sucederle pudiesen: y en un instante comunicó su pensamiento con sus camaradas, y en otro instante se resolvieron de volver y robarla, por dar gusto á Rodolfo; que siempre los ricos que dan en liberales, hallan quien canonicen sus desafueros, y califique por buenos sus malos gustos; y así el nacer el mal propósito, el comunicarle, y el aprobarle, y el determinarse de robar á Leocadia, y el robarla, casi todo fué en un punto. Pusieron los pañuelos en los rostros, y desenvainadas

las espadas, volvieron, y á pocos pasos alcanzaron á los que no habian acabado de dar gracias á Dios, que de las manos de aquellos atrevidos les habia librado. Arremetió Rodolfo con Leocadia, y cogiéndola en brazos, dió á huir con ella, la cual no tuvo fuerzas para defenderse, y el sobresalto le quitó la voz para quejarse, y aun la luz de los ojos, pues desmayada y sin sentido ni vió quien la llevaba, ni adónde la llevaban. Dió voces su padre, gritó su madre, lloró su hermanico, arañóse la criada; pero ni las voces fueron oídas, ni los gritos escuchados, ni movió á compasion el llanto, ni los araños fueron de provecho alguno; porque todo lo cubria la soledad del lugar, y el callado silencio de la noche, y las crueles entrañas de los malhechores. Finalmente, alegres se fueron los unos, y tristes se quedaron los otros. Rodolfo llegó á su casa sin impedimento alguno, y los padres de Leocadia llegaron á la suya lastimados, afligidos y desesperados: ciegos, sin los ojos de su hija, que eran la lumbre de los suyos: solos, porque Leocadia era su dulce y agradable compañía: confusos, sin saber si sería bien dar noticia de su desgracia á la justicia, temerosos no fuesen ellos el principal instrumento de publicar su deshonra. Véíanse necesitados de favor, como hidalgos pobres: no sabían de quién quejarse, sino de su corta ventura. Rodolfo en tanto, sagaz y astuto, tenia ya en su casa y en su aposento á Leocadia, á la cual, puesto que sintió que iba desmayada cuando la llevaba, la habia cubierto los ojos con un pañuelo, porque no viese las calles por donde la llevaba, ni la casa, ni el aposento donde estaba, en el cual sin ser visto de nadie, á causa que él tenia un cuarto aparte en la casa de su padre, que aun vivia, y tenia de su estancia la llave y las de todo el cuarto (inadvertencia de padres que quieren tener sus hijos recogidos), ántes que de su desmayo volviese Leocadia, habia cumplido su deseo Rodolfo; que los impetus no castos de la mocedad, pocas veces ó ninguna reparan en comodidades y requisitos que mas los incitan y levanten. Ciego de la luz del entendimiento, á escusas de la sensualidad por la mayor parte no tiran mas allá de la barra del término del cumplimiento dellos, quisiera luego Rodolfo que de allí se desapareciera Leocadia, y le vino á la imaginacion de ponella en la calle así des-

mayada como estaba; y yéndolo á poner en obra, sintió que volvía en sí, diciendo: ¿Adónde estoy, desdichada? ¿Qué escuridad es esta, qué tinieblas me rodean? ¿Estoy en el limbo de mi inocencia, ó en el infierno de mis culpas? ¡Jesús! ¿quién me toca? ¿Yo en cama, yo lastimada? ¿Escúchame, madre y señora mía? ¿Oyesme, querido padre? ¡Ay sin ventura de mí! que bien advierto que mis padres no me escuchan, y que mis enemigos me tocan: venturosa sería yo, si esta escuridad durase para siempre, sin que mis ojos volviesen á ver la luz del mundo, y que este lugar donde ahora estoy, cualquiera que él se fuese, sirviese de sepultura á mi honra, pues es mejor la deshonra que se ignora, que la honra que está puesta en opinion de las gentes: ya me acuerdo (¡que yo nunca me acordara!) que ha poco que venía en la compañía de mis padres: ya me acuerdo que me saltaron: ya me imagino y veo que no es bien que me vean las gentes: ó tú, cualquiera que seas, que aquí estás conmigo (y en esto tenia asido de las manos á Rodolfo), si es que tu alma admite género de ruego alguno, te ruego que ya que has triunfado de mi fama, triunfes también de mi vida: quitámelas al momento, que no es bien que la tenga la que no tiene honra: mira que el rigor de la crueldad que has usado conmigo en ofenderme, se templará con la piedad que usarás en matarme; y así en un mismo punto vendrás á ser cruel y piadoso.

Confuso dejaron las razones de Leocadia á Rodolfo, y como mozo poco experimentado, ni sabia qué decir, ni qué hacer, cuyo silencio admiraba mas á Leocadia, la cual con las manos procuraba desengañarse si era fantasma ó sombra el que con ella estaba; pero como tocaba cuerpo y se le acordaba de la fuerza que se le habia hecho viniendo con sus padres, caía en la verdad del cuento de su desgracia; y con este pensamiento tornó á añadir las razones que los muchos sollozos y suspiros habian interrumpido, diciendo: ¡Atrevido mancebo, que de poca edad hacen tus hechos que te juzgue, yo te perdono la ofensa que me has hecho, con solo que me prometas y jures que como la has cubierto con esta escuridad, la cubrirás con perpetuo silencio sin decirla á nadie: poca recompensa te pido de tan grande agravio; pero para mí será la mayor que yo sabré pedirte, ni tú querrás darme: advierte en que yo nunca he visto tu rostro, ni quiero verle, porque ya que se me acuerde de mi ofensa, no quiero acordarme de mi ofensor, ni guardar en la memoria la imagen del autor de mi daño: entre mí y el cielo pasarán mis quejas, sin querer que las oiga el mundo, el cual no juzga por los sucesos las cosas, sino conforme á él se le asienta en la estimacion: no sé cómo te digo estas verdades, que se suelen fundar en la experiencia de muchos casos y en el discurso de muchos años, no llegando los míos á diez y siete; por do me doy á entender que el dolor de una misma manera ata y desata la lengua del afligido, unas veces exagerando su mal para que se le crean, otras veces diciéndole porque no se le remedien: de cualquier manera, que yo calle ó hable, creo que he de moverte á que me creas, ó que me remedies, pues el no creerme será ignorancia, y el remediarlo imposible de tener algun alivio: no quiero desesperarme, porque te costará poco el dármele, y es este: mira, no aguardes ni confies que el discurso del tiempo temple la justa saña que contra tí tengo, ni quieras amontonar los agravios: mientras ménos me gozares,

y habiéndome ya gozado, ménos se encenderán tus malos deseos: haz cuenta que me ofendiste por accidente, sin dar lugar á ningun buen discurso; yo la haré de que no nací en el mundo, ó que si nací fué para ser desdichada: pomme luego en la calle, ó á lo ménos junto á la iglesia mayor, porque desde allí bien sabré volverme á mi casa; pero también has de jurar de no seguirme, ni saberla, ni preguntarme el nombre de mis padres, ni el mio, ni el de mis parientes; que á ser tan ricos como nobles, no fueran en mí tan desdichados: respóndeme á esto, y si temes que te pueda conocer con la habla, hágote saber, que fuera de mi padre y de mi confesor, no he hablado con hombre alguno en mi vida, y á pocas he oído hablar en tanta comunicacion, que pueda distinguirlos por el sonido de la habla. La respuesta que dió Rodolfo á las discretas razones de la lastimada Leocadia, no fué otra que abrazarla, dando muestras que queria volver á confirmar en él su gusto, y en ella su deshonra. Lo cual visto por Leocadia, con mas fuerzas de las que su tierna edad prometia, se defendió con los pies, con las manos, con los dientes y con la lengua, diciéndole: Haz cuenta, traidor y desalmado hombre, quien quiera que seas, que los despojos que de mí has llevado, son los que pudistè tomar de un tronco ó de una columna sin sentido, cuyo vencimiento y triunfo ha de redundar en tu infamia y menosprecio; pero el que ahora pretendes no le has de alcanzar sino con mi muerte: desmayada me pisaste y aniquilaste, mas ahora que tengo brios, ántes podrás matarme, que vencerme; que si ahora despierta sin resistencia concediese con tan abominable gusto, podrías imaginar que mi desmayo fué fingido, cuando te atreviste á destruirme. Finalmente, tan gallarda y porfiadamente se resistió Leocadia, que las fuerzas y los deseos de Rodolfo se enflaquecieron; y como la insolencia que con Leocadia habia usado no tuvo otro principio que de un ímpetu lascivo, del cual nunca nace el verdadero amor que permanece, en lugar del ímpetu que se pasa, queda, si no el arrepentimiento, á lo ménos una tibia voluntad de segundalle. Frio pues y cansado Rodolfo, sin hablar palabra alguna, dejó á Leocadia en su cama, en su casa, y cerrando el aposento, se fué á buscar á sus camaradas para aconsejarse con ellos de lo que hacer debia. Sintió Leocadia que quedaba sola y encerrada, y levantándose del lecho, anduvo todo el aposento, tentando las paredes con las manos, por ver si hallaba puerta por do irse, ó ventana por do arrojarle: halló la puerta, pero bien cerrada, y topó una ventana que pudo abrir, por donde entró el resplandor de la luna, tan clara, que pudo distinguir Leocadia las colores de unos damascos que el aposento adornaban: vió que era dorada la cama, y tan ricamente compuesta, que mas parecia lecho de príncipe, que de algun particular caballero: contó las sillas y los escritorios: notó la parte donde la puerta estaba, y aunque vió pendientes de las paredes algunas tablas, no pudo alcanzar á ver las pinturas que contenian: la ventana era grande, guarnecida y guardada de una gruesa reja; la vista caía á un jardín que también se cerraba con paredes altas: dificultades que se opusieron á la intencion que de arrojarle á la calle tenia: todo lo que vió y notó de la capacidad y ricos adornos de aquella estancia, le dió á entender que el dueño della debia de ser hombre principal y rico, y no como quiera, sino aventajadamente: en un escritorio